

## LA MISA DEL ALBA

# EN LAS MONTAÑAS DE NABARRA

---

La escena, en cualquier pueblo de las montañas de Nabarra; decoración, una noche de riguroso invierno; hora, las cuatro de la madrugada.

La nieve cubre con blanca alfombra de gruesos copos el accidentado suelo, y los viejos castaños, combatidos á intervalos por el sople del Aquilón, sacuden lentamente sus desnudas copas, como cansados de sostener entre sus ramas el frio presente que les ofrece la noche. La oscuridad es absoluta, y el silencio solo es interrumpido por el triste ladrido de algún malaventurado perro, á quien el olvido de sus dueños ha condenado á pasar una noche toledana vagando por las desiertas calles del villorrio.

El reloj de la torre da pausadamente las cuatro, y momentos despues la campana puebla el aire con sus alegres sonidos. Es el primer toque para la Misa del alba.

Si tú, querido lector, no tienes el feo vicio de la pereza, y te sientes con ánimo para arrostrar los rigores de la estación, deja el mullido lecho, embózate en tu capa y acompáñame á las afueras del pueblo, pues te juro por mi alma no te ha de pesar, sino que, antes por el contrario, me has de dar las gracias después de presencia; un espectáculo que por completo desconocen los que nunca salieron de los grandes centros de población.

Ya estamos en el pórtico de la iglesia: el monaguillo abre, restregándose los ojos, la ancha puerta del templo, y éntrase corriendo en la sacristía, donde, arrebujado en un rincón, procura reconciliarse con el veleidoso Morfeo en tanto el sacerdote baja á revestirse.

La nieve sigue cayendo con mayor fuerza: los copos son más grandes y el aire es más frio, pero no importa; esconde, amable lector, tu rostro en los embozos de la capa, y pasemos en tanto se acerca la hora de Misa.

Dirige la vista á aquellos lejanos bosques. ¿No ves ese sinnúmero

de lucecillas que aparecen y desaparecen á intervalos? Son los montañeses de que habla el P. Coloma en *Pequeñeces....*; son los habitantes de las BORDAS (caseríos que distan del *casco del pueblo* dos ó tres horas de infernal camino), que vienen á cumplir el precepto de la Iglesia afrontando intrépidos las inclemencias del invierno.

Para poder hallarse en el templo con la conveniente anticipación se habrán tenido que levantar á media noche, tomar más que de prisa un trozo de *arto-pill* y un *kaiiku* de sabrosa leche, y armados de sendos paraguas, alumbrándose con la mortecina luz del farol, salvar la interminable distancia que del pueblo les separa.

Ya van llegando: el ruido de los *choclos* al golpear las baldosas del pórtico, y el que produce el constante sacudir de capas y mantones, va siendo cada vez más nutrido.

Suena de nuevo la campana. Entremos pronto en la iglesia, y asistamos con la mayor devoción posible al Sacrosanto Sacrificio.

La oscuridad es intensa. El aspecto del templo, alumbrado tan solo por la lámpara del Sagrario y las dos velas del altar, es en extremo fantástico. Los bultos que pueblan la nave, más que seres vivientes, parecen sombras de los que, enterrados en su seno, obedeciendo a un conjuro han abandonado sus sepulturas para orar.

Cuando el argentino son de la campanilla anuncia el momento en que el Hijo de Dios va á descender á manos del sacerdote y ser presentado al pueblo, todos caen de rodillas, y escúchase sólo durante algunos instantes el imponente ruido que producen los golpes de pecho, y ese grandioso sollozo del ánimo contrito, como lo llama Alarcón.

La Misa ha concluido. Los montañeses aléjanse separadamente, diseminados por un sinnúmero de tortuosos caminos, que conducen á sus apartadas viviendas. La incierta claridad del día comienza á abrirse paso, disipando las tinieblas de la noche; el humo que arrojan las chimeneas anuncia de un modo claro la existencia de un magnífico fuego de *abarras*; vámonos, pues, también nosotros, y, cuando sentados en el escaño de la amplia cocina, vuelve el fuego la vida a nuestros ateridos miembros, meditemos con calma si es grande el sacrificio que por Dios hacemos en asistir mal y de mala manera á la Misa de una en el templo que la vanidad puso de moda.